

▼
Arte y cultura



Poemas

POR VICTORIA SASTRE ECHARRI*

¿Cuánto cuesta llamar a la locura?

*Lugar: locutorio.
Una pareja leyendo un afiche.*

*Llamada a España: 0,69
Llamada a Perú: 0,59
Llamada local: 0,23
Llamada a Lima: 0,20*

-llamemos a todos los limados-

*Ahora que la poesía tiene tu perfume es doblemente hiriente.
La estupidez de pensar que el cuerpo puede permanecer en la palabra y en el aroma y que leerlo es la metáfora de tu ausencia.*

*Ensayo cada mañana
levantarme y ser otro.
Me acuesto por las noches
con la letra aprendida de memoria.
A veces lo logro:
me miro al espejo y no me reconozco.
Otras, fracaso:
soy una copia fiel a mí mismo.*

*Cavar un pozo con una cucharita.
Un pozo que llegue al centro de mi tierra.
Un pozo que sea vertical a mi modo de existir.
Un único pozo por el que pasen el resto de mis pozos.
Con una cucharita la eternidad queda reducida a la tardanza.
Pero es la única posibilidad de no desviarme de la verticalidad.
Un mínimo de error puede hacer que el pozo desemboque en el vacío.*

*El cuerpo ahora ausente
tan solo el contorno
el límite
dibuja el resto
el mundo
del cuerpo que no.*

*Recorta.
Impone
Superpone
Antepone
Impunemente*

Me miro en el cuerpo.

*Elegió, y sigue eligiendo día a día, trabajar en el aula como profesora de Letras. Su color preferido es el violeta, lo que hace que todas sus actividades estén coloreadas por él. Coordina talleres de lectura y escritura y acaba de editar su primer libro de poemas, *Malaspalabras*, en editorial Imaginante.

Crónica

POR FABIO LONGO*

Ciudad de La Paz, Bolivia. En Argentina, el Menemato. Calle en pendiente. Aroma a comida por las bellas calles. Mucha comida que se cocinaba. Cocinan todo el tiempo. Las mujeres cocinan todo el tiempo. La cholitas, las *imillas* (muchacha, en aymara), todas, todas cocinan, creo yo, las veinticuatro horas.

Camino por esas calles. Percibo. Huelo. Se me abre el apetito a cualquier hora. Muchos colores. Colores aguayos. Me encanta. Quiero pasar por todas las calles. Probar todas las cosas extrañas. Excitar el paladar con picantes. Total... a mí ni me hacen nada. (Uno de mis compañeros está en el hotel con tifoidea). Nos dijeron que no comamos en la calle pero no puedo vencer la tentación.

Durante mi festival de percepciones escucho bullicio como de pelea. Una riña que tiene como protagonistas a pocas personas. Una voz es de mujer. Busco rápido con la mirada y veo a un hombre maltrecho que discute con una mujer chola (aborigen), la reconozco por sus ropas y su trenza. Una menuda mujer que el sentido común le otorgaría unos cuarenta años, pero quizá tenga menos o muchos menos. Son humildes.

La discusión va subiendo de tono. La otra gente parece no inmuntarse siquiera, pero yo no puedo permanecer indiferente. En eso me doy cuenta de que el hombre está a punto de pegarle. Y, sí: levanta la mano y la descarga contra ella. Me paralicé. Sigue la discusión y la escena se repite. Dudo. Titubeo. ¿Nadie va a decir/hacer

nada? Los golpes son cada vez más frecuentes. Ella grita. Siguen discutiendo.

Entonces no puedo más. Mi estupor mezclado con miedo de repente se ha acrecentado tanto que se traduce en acción. No sé como me dirigí súbitamente hacia el hombre golpeador y lo abracé torpemente para detenerlo. Grité algo así como "¡Pará, hermano, pará! ¡Dejala, loco! ¡La vas a lastimar! ¡No le pegues más!". Sentí que su cuerpo pasó de una tensión a un relajo casi inmediato. Me miró como sin verme. No dijo nada. Nada. Pasó un segundo que me pareció un siglo. Y entonces sentí sobre mi costado un empujón ascendente. Provenía de donde había quedado la mujer. Era la mujer. Escuché las siguientes palabras, cabe aclarar que la primera de ellas, supongo un vocativo que no llegué a entender, no la puedo reproducir: "¡...él es mi marido! ¡Tiene derecho!".

Sentí una mezcla de vergüenza e impotencia que me dejó pasmado e imposibilitado de emitir algún sonido.

“Cada vez que toquen, avísenme”

Entrevista* a Celeste Arias, Matías Gutiérrez (1) y Matías Gramajo (2), integrantes de la banda *Inkas*.

En cuestiones de rock, nosotras, un poco menos jóvenes que ustedes, sabemos poco. Nos interesó visitarlos para conversar respecto de lo que vibra, por qué ustedes lo eligen como espacio en el que se sienten cómodos.

Celeste: Nosotros tocamos rock, *funkie*, no sé, música... En particular, a mí me gusta toda la música: el tango, el rock, el folclore no mucho, el *heavy metal* no mucho. Se elige el arte de la música porque es un sentimiento, una expresión.

Matías (1): Comparto lo que dice Celeste: que es un sentimiento. Es la manera de expresar que tal vez tiene uno a través de un instrumento. Están los gustos musicales, que eso influye, lo que hace cada uno, traer y compartir ideas. También es una manera de demostrar lo que es uno. Yo siento que me suelto al tocar en vivo para alguien. Toda esa contención que uno tiene, sentimental, anímica, todo lo bueno y lo malo, lo trasmite a través de una canción. Cosas que uno ve del país, o cosas que le molestan, o a veces cosas personales.

¿Cómo nace un tema?

Matías (1): Para mí, pasa por algo que uno tiene... Hay algo que a uno le llama la atención y trata de escribir. Siempre hay una idea rondando en la cabeza. Una de las letras que escribí fue acerca de lo que pasó en Cromañón. Pero más desde una postura de impotencia y de bronca. Y la letra dice “los chicos se fueron hechos plata”. Fue nada más que plata para la gente que estuvo en el lugar; después vinieron los problemas. Y los que terminan perjudicados son los músicos, porque ahora no pueden tocar en ningún lado, tienen que poner constantemente plata, cuando por lo general el músico es el que divierte y anima la fiesta. No sé si está bien este punto de vista, pero las cosas del arte, en este país, siempre las dejan a un costado, siempre hay un palo en la rueda para cuando alguien quiere expresar algo.



* Entrevista realizada por Dora Niedzwiecki y Vivi Seoane.

Celeste: Claro, no hay tantos lugares para tocar. Para las bandas, como *La 25*, bandas así, de barrio, que llevan unas doscientas o quinientas personas... nosotros por ejemplo, las bandas más chicas y nativas, no tenemos lugar para tocar. Clausuraron todo.

¿Cómo se llama la banda?

Matías (1): Inkas con k. Con Celeste nos conocemos desde la primaria.

Celeste: De chico tenés esa fantasía, ese sueño, de hacer una banda... Yo empecé con la guitarra criolla a los once años, y ahora, que tengo veinte, hace cinco que toco la guitarra eléctrica. Hace cinco, seis años, que formamos *Inkas*. Nosotros dos. Matías empezó tocando la batería y después se volcó al bajo.

Matías (1): Me gustan todas las cosas de ritmo y sentí que el bajo era lo que más se parecía a la batería, y podía hacer el esfuerzo y comprármelo.

¿Cuánto tiempo les lleva armar un tema propio? ¿Tenés algún tema que hace rato empezaste y lo cajoneaste?

Celeste: Uy!, depende. Te puede llevar una hora o te puede llevar toda la vida. Hay millones de letras –o millones de *yeites*, melodías–, que capaz empezás y las dejás ahí. No sé si a todos los músicos les pasa, soy medio vaga... me cuelgo, o me trabo, y empiezo con otra...

A la hora de crear, ¿qué tira primero la letra o la música? Pregunto esto porque la verdad es que una melodía también es una manera de decir cosas, ¿no?

Celeste: Generalmente empezamos por la melodía, sin letra, sin cantar. Tal vez por vergüenza. No sé. Si vos me preguntás qué hacés primero, la melodía o la letra, te digo la melodía.

Matías (1): Al principio tuvimos una etapa muy instrumental. Siempre nos gustó hacer cosas donde lo instrumental llame la atención. Tenemos la ventaja de que, en este medio tan machista, llama la atención ver a una mujer al frente de un grupo, tocando la guitarra o haciendo un *solo*. ¡Y aparte, toca bien! Además, a la hora de crear un tema, uno piensa todo: cómo lo vas a componer, las palabras que vas a usar, que no suene demasiado cursi... Yo me fijo mucho, soy bastante crítico, y a veces me juega en contra, porque nada de lo que escucho me gusta.

Celeste: Es muy loco, porque él escribe mucho sobre lo social, lo político. Así, capaz que sin darse cuenta, es un comunista sin saberlo, ¿entendés? Mientras que yo, con una “vieja” bien zurda –es actriz, me crié en una familia de artistas– capaz que me cuelgo más para el lado de una letra sobre el árbol y las hojas, y él no. No sé, ahora caigo...somos diferentes...

Matías (1): Yo soy más colgado para escribir, porque siento que cuando escribo algo, ya es porque me satura. No sé, cada vez que tengo un micrófono a mano, siento que tengo que decir algo como que los avive, como si fuera un cachetazo, como si dijera “¡despiertensé!”. No me interesa sólo cantar lindas canciones, me gustaría tener la posibilidad de ser algo más... no sé cómo decirlo, una figura pública... poder transmitir cosas, que la gente sienta algo con lo que yo digo.

¿Qué importa más cuando componen? ¿Expresar lo que sienten o lo importante es que le pegue a la gente?

Matías (1): Es una mezcla. En mí pesa mucho lo emocional, pero también, a veces vale la pena tocar un tema simplemente porque está bueno. Pero también hay cosas que quedan para mí, que no las saco... Hay una letra que tengo hace un montón, sobre lo que siento por la amistad que tenemos nosotros dos, sobre el esfuerzo que hemos hecho todos estos años. Y es algo que nadie conoce. La puedo hacer pública, pero siento que quizá la gente la escucha y no le dice nada. Así que por ahora me la guardo.

Celeste: Sin embargo, yo creo que conciente o inconscientemente, si escribís un libro, o pintás, o hacés algo, en algún momento lo querés mostrar. Es que un artista sin el público... no sé...

¿Cómo es el público de ustedes?

Celeste: En nuestra primera presentación fue nuestra familia, nuestros amigos. Ya, con el segundo baterista, fueron más amigos, gente del barrio, familia, o sea, de todo, cualquiera...

Matías (1): Hay mucha gente grande que nos viene a ver, que nos da una mano; y muchos chicos de nuestra edad. A veces pasa de boca en boca. Me acuerdo de una vez que fui a comprar a un supermercado y uno me dice: “Disculpame, ¿vos no sos músico?” Me miraba mal, como diciendo “¿sos vos o no?”. Y yo dije: “Tengo más pinta de...” Si me dicen si soy cerrajero, digo “¡Sí!”. Así que no caía. Y le digo: “Sí”. Y

me dice: “¿Sabés que yo te vi en la calle?”. Y era la vez que habíamos tocado en el IMPA. Pasó con un taxi, vio movimiento, bajó. Entonces, me dijo: “Cada vez que toquen, avísenme”. Se arma de boca en boca y a la gente le gusta. Hay de todo. La vez que fuimos a tocar a San Justo, también; había gente que ahora “habla” con ella por chat, y le preguntan; o gente del colegio de ella, amigos de la infancia, gente del barrio, que es como que ya saben, nos ven pasar todos los días con los instrumentos de acá para allá, y ya nos preguntan.

Además de tener la banda, de hacer música, ¿hacen algo más?

Matías (1): Yo trabajo en la cerrajería de mi tío. Es mi trabajo fijo desde hace un año. Me llevo el bajo a la cerrajería, y cuando se van todos me pongo a tocar. Así que el tiempo que pierdo al trabajar ahí, lo aprovecho con lo que quiero hacer. Tiene en contra el tema de los horarios, el sueldo, pero hay que pelear para conseguir lo que uno quiere. Pero me sirve; no sé.

¿Tomás clases de bajo o vas aprendiendo solo?

Matías (1): Sí. Empecé este año, me puse cien por cien en eso, porque ya sentía que necesitaba estar más capacitado. He tenido varias invitaciones para tocar con otra gente, pero eso me hizo sentir que me gustaba más lo que estoy haciendo con Celeste, y le fui dando más valor a lo que hacemos juntos. Y nada, valoro eso. Pero también valoro estudiar, porque de última, siento que realmente me estoy acercando más a lo que quiero vivir. Yo qué sé, si ella el día de mañana me dice “me retiro porque voy a jugar al básquet”, ¿qué hago?, ¿me quedo colgado de una palmera diciendo “ahora a qué me dedico”? Por lo menos, si me capacito, sé que puedo ser yo, aparte de lo que hago con ella.

¿Vos también pensás así, en la música como tu camino?

Celeste: Y sí. Yo arranqué de chiquita. El arte está en mi familia, mi vieja me metió. “¿A ver, qué te gusta?”. Pasé por dibujo, aprendí guitarra y seguí con la música. También actué. Entré en el Conservatorio Nacional pero no me gustó. Después estuve todo un año con un profesor particular. Ahí fue donde más aprendí y fue mi base. Después me metí en el Avellaneda, que es popular. Es el mejor. Ahí estuve un tiempo. Pero claro, la máxima preocupación de los padres es que termines el secundario. Terminé en el IMPA, pero tengo que dar una materia.

¿Dónde ensayan?

Celeste: En mi casa estamos armando una sala. Mientras, para escucharnos con el sonido y todo, vamos a alguna sala, de vez en cuando. Y si no, en casa.

Matías (1): Tuvimos épocas que nos grabábamos. Ahora lo estamos pensando. Porque está bueno escuchar los errores, las cosas buenas que a veces no se te vuelven a ocurrir. La grabación es como un machete.

¿Y sus amigos son músicos también?

Matías (2): Mis amigos son la mayoría músicos; gente que toca algún instrumento. Nunca lo busqué, pero siempre *pintó* de esa manera. Y siempre dan la pauta para tocar; en eso se basa un poco la amistad, también. En mi familia tengo también algunos músicos: mi abuelo trompetista, mi papá tocaba la guitarra... Si bien no tengo batería en casa, por el ruido, estoy tocando en una banda de percusión, aparte. Ensayo muchas horas por semana, y eso me da la práctica; me hace mover las manos, y mantenerlas en movimiento. Y así, a la hora de llegar a tocar con alguien, estoy bastante –bueno, pienso yo– bastante bien.

¿Y los ensayos? ¿Las familias los bancan, hay acompañamiento?

Matías (1): Practicamos, vemos los errores, y también las cosas buenas. Lo tengo claro: todo el tiempo que tenga que dedicar a esto, se lo voy a dar. “Voy a enfocarme en lo que quiero hacer y darle para adelante”. Pase lo que pase, porque no sabés qué puede pasar a la vuelta de la esquina, y te cambia el destino en dos minutos. Y con las familias pasan cosas buenas y malas, como a todo el mundo. En especial, la madre de ella nos tiene mucha paciencia, porque ensayamos en su casa. Yo siempre digo que el día que ganemos plata, lo primero que hago es regalarle un viaje a algún lugar; o si quiere un piano, le regalamos un piano. De mi familia, todos me apoyan, pero mi viejo es como el que más siente la música, y le gusta, y todo el tiempo me pregunta cosas. Como vive en Estados Unidos, no estoy todos los días con él, pero cuando hablo por teléfono, me pregunta, le interesa saber cómo estoy, qué me pasa. Mi vieja es más la dura de la familia, porque se hace la que no siente nada, pero cuando toco, va a verme y hasta se emociona. Después se queja: “¡No me dedicaste ningún tema!”, me dice. Pero bueno, así son las madres.